

Comunidades zapatistas. Pueblo chico, infierno grande

Marco Estrada Saavedra

Para José Cervantes, por su cumpleaños.

“... de todas formas estaba molesto, muy molesto, como si mi identidad fuera meramente un reflejo, o un producto, de la opinión de los demás.”

Patrick McGrath

Este escrito es parte de una investigación mucho más amplia, que inicié en 2002 en El Colegio de México, sobre las bases de apoyo zapatista en las Cañadas Tojolabales de la Selva Lacandona en el municipio chiapaneco de Las Margaritas. Aquí presento una serie de observaciones, análisis y explicaciones en torno a conflictos de diversa índole al interior de algunas comunidades zapatistas, que arrojan luz sobre las dinámicas sociales de integración de las bases de apoyo del movimiento zapatista en esta región y las dificultades que encuentran el conjunto de pobladores selváticos para construir un orden social pacífico a pesar de sus diferencias políticas.

Como en todo grupo humano, en la comunidad zapatista el chismorreio¹ es una de las formas de comunicación cotidiana entre los zapatistas –de igual manera que entre la disidencia–, cuya función sociológica principal no consiste sólo en la transmisión de información sobre eventos, sino, además y de manera especial, en la sedimentación y reafirmación de las identidades colectivas, pues el contenido de las habladurías “comprueba” los prejuicios y creencias compartidos sobre “los priístas” o los “zapatistas”. En efecto, cada oportunidad para comentar con algún miembro del propio grupo de referencia –que en el caso de los zapatistas pueden ser también, por extensión, los grupos foráneos filozapatistas– sucesos de la vida comunitaria y regional que involucran a los suyos, es bienvenida para presentar una imagen positiva y virtuosa de sí mismos y otra negativa y degradante de “los otros”. Por ejemplo, de acuerdo a una zapatista de La Realidad Trinidad, “desde hace un año [aproximadamente en el 2003] los priístas comenzaron a hacer sus propias fiestas porque no les gusta cooperar [con el resto de la comunidad] ni aunque sea con diez pesos, a pesar de que reciben créditos del gobierno. Son muy alzados; además, siempre se burlan [de la manera en que] bailan los campamentistas. Nosotros [los zapatistas] sólo nos reímos, pero sin burlarnos. En las fiestas, los priístas toman su trago y quieren golpear... Hasta hay algunos priístas que quieren regresar a la organización, pero [éstos] se chingan doblemente porque ya no los dejan regresar”. En esta dinámica comunicativa, las identificaciones políticas se polarizan, pues el chismorreio no apunta a la formación de juicios imparciales sobre personas y acontecimientos; al contrario, se orienta a la autoafirmación personal y grupal –de acuerdo a esquemas de percepción, cognición y evaluación que ordenan y dan significado al mundo– que necesariamente incluyen a los “priístas”

¹ Para las observaciones y reflexiones en torno al “chismorreio”, me baso en Elias, Norbert y Scotson, John L., *Etablierte und Aussenseiter*, Suhrkamp, Frankfurt, 1993.

para marcar la diferencia entre *ellos* y *nosotros*. De este modo, las identidades colectivas quedan fijadas y las personas concretas estereotipadas.

Ahora bien, en tanto que en las comunidades rebeldes la división política genera, como se explicará más abajo, una *división espacial comunitaria*, los espacios públicos –como la iglesia, la casa ejidal, la escuela, las canchas deportivas y, en el caso de poblados como La Realidad Trinidad, el “Aguascalientes” o “Caracol” y el “campamento”– se mantienen bajo la hegemonía zapatista, lo cual, por un lado, regula, define y circunscribe el contacto social entre los que pertenecen a un bando u a otro, y, por el otro, acapara los canales comunitarios de comunicación conformando un “sistema de centros de chismorreos” (Elias y Scotson) por los que fluye la información. Así, se genera una *opinión pública* que, en los hechos, monopoliza las fuentes de la construcción comunitaria de la realidad en ausencia de canales y medios de comunicación alternativos y ante la debilidad política y social de los parias y la oposición. Por esta razón, éstos se ven obligados a pensar sobre sí mismos haciendo uso de las categorías que los zapatistas les imponen. En otras palabras, por equivocada o mendaz que resulte la comunicación zapatista sobre la oposición o los parias, éstos la asumen como un referente inevitable al que hay que contestar o al que se deben resignar para vivir. Ubicada en una posición subordinada y sin influencia en los canales y espacios dominantes de comunicación, la oposición al zapatismo no es creadora de opinión pública.²

En este sentido, es notable el enojo que entre los realitenses provocó la presencia de Luis H. Álvarez, el Coordinador para el Diálogo y la Negociación en Chiapas del gobierno federal, en La Realidad Trinidad, pues su visita del jueves 3 de junio de 2004 fue entendida como un desafío político que minaba el monopolio sobre la representación social de la realidad que los zapatistas, en términos propagandísticos, desean proyectar de sí mismos y sus comunidades, en especial de La Realidad Trinidad, ante la opinión pública nacional e internacional: que en sus comunidades no existe división, pues todos los indígenas son rebeldes que no aceptan ni necesitan la “ayuda” del gobierno. Sintomático al respecto fue el comentario consternado de un miembro de las bases de apoyo de esa localidad al enterarse que la “visita” de “ese viejito” se conoció “fuera” de La Realidad Trinidad por los medios de comunicación: “¿es que ya creen todos en México que los zapatistas estamos recibiendo ayuda del gobierno, que estamos vendidos?”. La sorpresa e ingenuidad de la persona en cuestión acerca la “publicidad” de la visita de Luis H. Álvarez es significativa, también, en tanto que revela la situación de ignorancia, incomunicación y aislamiento en la que viven la mayoría de los habitantes de la selva, así como de los escasos medios de información de los que disponen. Por último, pero no menos importante, es un signo de la pérdida de poder de la mayoría zapatista en la comunidad que percibe con más pruebas, aunque sin confesárselo, la distancia entre la realidad y sus creencias, así como la creciente influencia de la oposición organizada entre ellos.

No hay que perder de vista el componente disciplinario del chismorreos contra los “priístas”, pues su forma de vida supone una violación a las creencias y normas que identifican y vinculan a los zapatistas entre sí. A la estigmatización de los “priístas” como “borrachos, indolentes, pendencieros, holgazanes y mantenidos” le subyace, además de una denuncia moral emotiva, un proceso de autocontrol a través del cercioramiento de lo que es valioso y justo “para nosotros” y que “nos distingue” como hombres y mujeres “dignos” y “verdaderos” y, en consecuencia, superiores a los “priístas”. Así lo expresa una “autoridad zapatista” de La Realidad Trinidad: “¡Los priístas están hasta la chingada! Podríamos decir que están hasta la verga, porque están adentro del trago. Está muy jodido ser priísta.

² Por supuesto, los denominados “priístas” también hacen uso del “chismorreos” en contra de los zapatistas.

El gobierno les dio dinero, les mandaba hojas de lámina, arneses, palas, pico, carretilla, pero no se hicieron ricos. No, están muy a la chingada. Puro trago, pura mujeres; se vestían mucho, se ponían mucho; sus mujeres le traían lo que comían –¡y comen de por sí!–, pero no ven adónde va el dinero y se lo acaban. Pero uno [como zapatista], que está despierto y en la lucha, [ahorra] su centavito que es para que lo empeñe en otro trabajo y así crezca; pero ellos [los priístas] no están tratando de que crezca; se lo están acabando en puro comer. Y nada más están esperando otra vez para cuándo les van a dar. Podríamos decir que son unos haraganes, no quieren trabajar”. Entonces, para mantener esas cualidades nobles y virtuosas, se tiene que evitar caer en la degradación de los “priístas”, primero, evitando todo contacto “contaminante” con ellos, y, segundo, asumiendo el *ethos* zapatista a través de la disciplina y la lealtad, la “autocoacción” y la “coacción social” (Elias), con lo cual se constituyen las condiciones de la cohesión y solidaridad colectivas del zapatismo.

La existencia de tensiones y fracciones al interior del zapatismo conlleva a la generación del chismorreó péfido aun entre los campesinos rebeldes, si bien la función social principal de este chismorreó no es, como la de aquel que se dirige en contra de la “oposición”, la formación de identidades colectivas, sino un medio, más o menos seguro y más o menos anónimo, de criticar el “orden social zapatista” en la persona de una “autoridad” que supuestamente actúa de modo injusto o corrupto, casi siempre en contra de los intereses de la facción zapatista opuesta. Por ejemplo, por disciplina de las bases de apoyo, las diferencias de interés que hay entre los colectivos y las decisiones del “mando” son *oficial y públicamente* insignificantes. Lo anterior no supone que la relación entre el “responsable”³ de la comunidad y los colectivos se caracterice por el acuerdo y la armonía, pues diferentes miembros de los colectivos llegan a expresar soterradamente su descontento por la distribución inequitativa de los insumos entre los diferentes colectivos, pues aquél tiende a beneficiar a los colectivos donde sus familiares participan o aquellos de donde recibe más apoyo político.⁴ Lo anterior puede ilustrarse con la dinámica de conflictos internos que han tenido lugar entre los zapatistas de La Realidad Trinidad. Si en un principio todos participaban en un mismo colectivo, “Hasta la Victoria”,⁵ más tarde, alrededor de 1997 o 1998, algunos zapatistas dejaron de participar en dicha agrupación y formaron su propio colectivo denominado “Rebeldía Alegre”, porque “los representantes [de ‘Hasta la Victoria’] no decían dónde quedó el dinero [de las ganancias del colectivo] y ponían hasta a trabajar a los enfermos”. En el nuevo colectivo, cuenta una de sus integrantes, “cuando una de las mujeres se enferma o tiene que tomar un curso de yerbera, partera o huesera, las otras mujeres sí le ayudan y hacen su tarea”. Más tarde hubo otra escisión, esta vez en “Rebeldía Alegre” y un grupo de cuatro mujeres con sus familias se salieron porque “ya no querían trabajar y cooperar” y crearon su propio colectivo, “Compañeros”, con una nueva tienda que hace la competencia a los demás negocios y cooperativas que existen en

³ El “responsable” es la máxima autoridad zapatista en cada comunidad zapatista. En este sentido, es el puente entre las autoridades ejidales y el EZLN. Dentro de sus tareas se halla la de organizar y coordinar todo tipo de trabajos y actividades relacionadas con el zapatismo: desde la recolección de bastimento para los insurgentes hasta la definición de los trabajos de los diferentes “colectivos” y “promociones” dentro de la comunidad. A su vez, el responsable recibe directrices y recursos del CCRI regional, es decir, del comité en el que se reúnen los responsables de una región para discutir proyectos y resolver problemas, así como definir líneas de acción política de acuerdo a las órdenes que este comité reciba del “mando militar regional” según los intereses de la Comandancia General zapatista.

⁴ Otra manera que tienen responsables y autoridades zapatistas de privilegiar a sus “facciones” es indicándole a los “campamentistas” dónde pueden adquirir víveres y demás productos, sugiriendo que son los lugares oficiales y que las demás tiendas son de “priístas”.

⁵ Los nombres de los colectivos han sido cambiados.

la comunidad. Sin embargo, de acuerdo a una integrante de “Rebeldía Alegre”, “Compañeros” no es un verdadero colectivo, porque “sólo son cuatro familias” y, en realidad, “nada más son como *medio zapatistas*, porque hasta se juntan y hablan con los priístas a pesar de que ya habían recibido la orden de no juntarse con ellos”.

Efectivamente, la proliferación de colectivos en La Realidad Trinidad es resultado de tensiones internas del zapatismo, que dificulta la convivencia entre las bases rebeldes; además, todo ello genera, a sus espaldas, una situación de “competencia” por la apropiación de los recursos escasos con los que pueden contar.⁶ Por ejemplo, el bordado de mantas y blusas con motivos zapatistas⁷ es una de las actividades que realizan las mujeres “en colectivo” para hacerse de recursos monetarios extras mediante su venta a los simpatizantes foráneos (los precios de estas “artesanías” oscilan entre \$50 y \$250 pesos según la elaboración y el tiempo de trabajo invertido). Por “acuerdo”, la venta de estos productos se hace en las tiendas o comedores, de tal suerte que ninguna productora individual sea beneficiada a costa de sus demás “compañeras”. Sin embargo, dicho acuerdo es violado constantemente de dos formas: una, privilegiando la venta de las “artesanías” de los familiares o amigos en los lugares “autorizados”, marginando los trabajos de aquellas personas que pertenecen a otra “fracción” del zapatismo; o bien, ofreciendo de manera individual y directa su “bordado” a los “campamentistas” evitando ser observados por las “autoridades” en el momento de la transacción. No es ilegítimo, en conclusión, entender estas dos formas de “violación” del acuerdo como formas de descontento y crítica al orden zapatista.

Como toda identidad social no es más que una *distinción simbólica*, es decir, una *exclusión*, la identidad zapatista se refuerza mediante la estigmatización del grupo comunitario opuesto: el de los no zapatistas denominados genéricamente como “los priístas”. La identidad zapatista se configura, pues, en el conflicto que supone la distinción política “amigo-enemigo”. Entre los zapatistas, el adjetivo “priísta” no mienta una adscripción política como militante en el PRI, sino hace referencia a las personas que no son partes de la “organización” (como es conocido el EZLN entre sus miembros) y que, por tanto, se caracterizarían por ser haraganas, borrachas, desorganizadas, no cooperativas, ladronas y pendencieras. Y a pesar de estar “mantenidas” por el gobierno, siguen igual de jodidas que antes”, como manifiesta un zapatista del ejido El Porvenir; lo que demostraría que serían unos “tontos por vivir engañados”. Asimismo, los priístas no serían de fiar porque no cumplirían con su palabra, hablarían mal de la gente y ocasionarían todo tipo de maldades y problemas. En contraposición, los zapatistas se caracterizarían por poseer todo tipo de virtudes intelectuales, morales y políticas: inteligencia, astucia, bondad, solidaridad, entrega, humildad, alegría, valentía, así como talento organizativo y pobreza (entendida en términos cristianos).

De esta manera, por ausencia de tolerancia y pluralismo político, las identidades grupales se tornan excluyentes. Por ejemplo, haciendo referencia al pasado de participación en la Unión Ejidos de la Selva de la comunidad realitense, un viejo zapatista dice: “Antes sí éramos de la Unión; pero ahora hay sólo una organización –la de la resistencia. Y también hay una sola religión: la católica. A los evangélicos los rechazamos”.

⁶ Por ejemplo, en esta comunidad, además de las dos tiendas de los “priístas”, existen seis tiendas zapatistas, incluyendo la “cooperativa regional”, las cuales ofrecen más o menos los mismos productos a un mismo precio a un mercado pequeño (alrededor de mil habitantes), el cual se amplía con la presencia de los “campamentistas”, que disponen de un mayor poder adquisitivo que el de los campesinos.

⁷ En la mayoría de las veces, aparece el subcomandante Marcos con pipa, la estrella roja de cinco picos del zapatismo, algún insurgente anónimo a caballo y con fusil, alguna consigna política como “¡Ya basta!” o “Todo para todos, nada para nosotros”, y, recientemente, figuras de caracoles cuya cabeza con antenas está embozada.

Las identidades en conflicto son más marcadas allí donde domina el zapatismo. En donde éste es minoría, el grupo mayoritario no entabla sus referentes identitarios en relación a los rebeldes. Así, por ejemplo, en la comunidad Nuevo Momón, donde conviven miembros de la Unión Ejidos de la Selva, la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC) y un grupúsculo zapatista, siendo la primera organización la mayoritaria, los neomomonenses simplemente ignoran los calificativos estigmatizantes que les lanzan los zapatistas (“borrachos priístas mantenidos por el gobierno”). Saben que, por un lado, sus filiaciones partidistas están en el PRD y el PT y que la demanda y gestión de proyectos y programas gubernamentales no es una dádiva que los somete y hace dependientes del gobierno, sino un derecho: “No estamos obligados a depender del gobierno”, dice un neomomonense miembro de “La Selva”. “Cuando [gestionamos] proyectos lo hacemos informados, pues sabemos que lo que viene del gobierno no es del gobierno, [sino] que nosotros estamos pagando [con impuestos] por el recurso que da. El dinero no es del gobierno, es de quien lo paga. En el caso del aguardiente, ellos [los zapatistas] lo tienen prohibido, pero igual lo pasan escondido a sus comunidades y también lo toman. Es una cosa que no pueden controlar ellos mismos. En fin, todo esas cosas que nos dicen [los zapatistas] no son ciertas, son mentiras, [por eso] no nos sentimos ofendidos”.

En cambio, en donde impera la hegemonía zapatista obliga a sus adversarios y enemigos a definirse en relación a, y a ser definidos por el zapatismo. En las comunidades armadas rebeldes, las invectivas zapatistas contra los “priístas” no pueden ser ignoradas, pero tampoco respondidas abiertamente. Se obliga, pues, al adversario a aceptar los términos simbólicamente hegemónicos del zapatismo. “Aunque nos amenazan y ofenden, tenemos que aguantarnos, aunque, la verdad, sí nos sentimos muy mal”, comenta un ex zapatista realitense. “Pero entre nosotros tenemos el acuerdo de no contestarles [a menos que haya] golpe de su parte”.

A pesar de lo anterior, igual que el fenómeno de la “lealtad estratégica”, las pertenencias e identidades sociales con uno u otro bando suelen ser, en muchos casos, fluctuantes: se puede pasar al “priísmo” o al zapatismo con cierta facilidad y, en muchos casos, por motivos meramente pragmáticos (la obtención de algún recurso, por ejemplo). El hecho de las constantes deserciones en el zapatismo regional es, por sí mismo, un índice del grado de identificación de las bases de apoyo con el zapatismo, es decir, de la plasticidad de estas identidades pragmáticas.

En la comunidad zapatista, la politización de los espacios sociales y la vida cotidiana es una estrategia esencial para la cohesión e identidades grupales a través del conflicto. Por ejemplo, en el ejido El Porvenir cuando concluyó una misa celebrada con motivo del festejo de la “sentada del niño”, los músicos ejecutaron dentro de la ermita, tras la salida de la feligresía, el himno zapatista sin consideración a los creyentes no zapatistas que se reunieron en el templo. Por este motivo, la relación con los disidentes parias y los opositores organizados contra los zapatistas está preñada de roces, animadversiones y conflictos diarios que dificultan y, en ocasiones, imposibilitan la convivencia tolerante entre los bandos políticos. Esto se refleja en la experiencia de un ex zapatista de La Realidad Trinidad. “Ahora sí podemos salir [de la comunidad] porque somos libres, pero no podemos meter a gente que viene de visita. Tenemos que pedir permiso a la Junta [de Buen Gobierno] para recibir visitas. A veces sí dan el permiso, otras no. Pero nunca dejan entrar gente del gobierno. Casi no tenemos relación con los zapatistas, no nos hablamos aunque seamos familiares, ni compramos cosas en sus tiendas ni ellos en las nuestras”. La asistencia a las celebraciones religiosas, por ejemplo, caracterizadas anteriormente por la activa participación de la feligresía en “dar su palabra” y reflexionar juntos el Evangelio, se ve marcada por la apatía y la desconfianza de ser atacado pública,

aunque indirectamente, por catequistas de uno u otro bando que interpretan la “palabra”, entre otras intenciones, para denostar al enemigo político. “La gente ya no quiere decir su palabra [en la iglesia] porque tiene vergüenza y miedo de ofender y provocar a alguien. Ya no es como antes, no hay alegría [como cuando no había división comunitaria]”, comenta un promotor de educación zapatista realitense.

En efecto, bajo la lógica de la politización de los espacios sociales y la afirmación de identidades sociales excluyentes, una de las formas de promover la resistencia entre los zapatistas es a través de la propaganda prozapatista y antigubernamental. Por ejemplo, en una misa realizada en La Realidad Trinidad el 17 de enero de 2004, después de la interpretación del Evangelio, los catequistas zapatistas leyeron la siguiente “información”, cuya procedencia era incierta, mediante la cual se hacía un análisis de la “situación nacional”: “El mal gobierno está apoyando a comunidades indígenas con inversión y proyectos, mediante las cuales se endeudan a los beneficiarios y los obligan a pagar sus deudas vendiendo sus tierras... El mal gobierno también está distribuyendo paletas con VIH para infectar a las comunidades... [Y, por último], se están vendiendo en la región gallinas con cuatro pechugas y leche [cuyo consumo] provoca que la semilla que llevamos dentro hombres y mujeres se seque, que no se reproduzca [provocando infertilidad]”.

En este mismo sentido, las fiestas cívicas y religiosas se organizan también por separado y se instrumentalizan como *medios simbólicos* para desafiar al adversario, humillarlo y minar su hegemonía u oposición. Por ejemplo, la oposición zapatista en La Realidad Trinidad celebró la fiesta de la “sentada del Niño Dios”, en enero de 2004, en el domicilio de su líder con un grupo musical local para amenizar el convivio con música popular moderna ejecutada con instrumentos y sonido eléctricos, mientras que la fiesta zapatista, realizada en el solar de la casa ejidal, tenía lugar a sólo veinte metros de distancia y haciendo uso sólo de marimbas para acompañar el baile. En los términos de las representaciones locales, la celebración “priísta” supone mayor prestigio social que la zapatista. Por ello, los rebeldes se sentían humillados frente a sus invitados –campamentistas–, a los que no podían ocultar la división de la comunidad ni la importancia creciente de la oposición. La celebración de dos fiestas públicas demostraba, por un lado, el debilitamiento de la posición dominante de los zapatistas en La Realidad Trinidad, y, por el otro, la mayor organización de la oposición, a tal grado de no temer las represalias zapatistas. En efecto, al debilitarse el grupo zapatista por diferencias internas y la salida de simpatizantes de sus filas, su cohesión grupal interna se ha distendido lo suficiente, al menos, como para verse impedidos para frenar la reorganización y cooperación entre los disidentes. Si bien los zapatistas son mayoría en el ejido, sin embargo ahora se ven obligados a negociar y alcanzar acuerdos con los opositores.

Reflexiones finales

A pesar de que las negociaciones de paz entre el gobierno federal y el EZLN se encuentran suspendidas desde 1997, los habitantes de las regiones con fuerte presencia zapatista no han dejado de buscar vías para establecer un orden social en el que puedan convivir. A diferencia de Los Altos y el Norte de Chiapas, en las Cañadas Tojolabales estas relaciones se han caracterizado más por el “acuerdo” que por la lógica de eliminar al oponente político. En realidad, fuera de los primeros dos años tras el levantamiento de 1994, en los que hubo expulsados y desplazados, todo parece indicar, en términos generales, la ausencia de asesinatos y ajusticiamientos políticos en la región tojolabal. Entre otros

factores que ahora no puedo abordar en este artículo, la posibilidad de entendimiento entre los distintos grupos políticos ha sido resultado de un notable equilibrio de poder a causa del debilitamiento creciente del zapatismo y de la recuperación de las diferentes organizaciones campesinas independientes en las Cañadas Tojolabales, una vez que dejaron tras de sí, con fracturas internas y pérdida de parte de sus bases sociales, su interludio rebelde al asociarse al EZLN. Este equilibrio de poder ha permitido a los miembros de los ejidos divididos aprender a convivir y a las distintas organizaciones campesinas y al EZLN a “respetar” sus bases sociales, formas de organización y proyectos políticos. No obstante, el equilibrio es frágil y en cualquier momento puede estallar. En efecto, no existen mediaciones institucionales que aseguren la resolución pacífica y civilizada de los conflictos. Los zapatistas sólo aceptan la autoridad de sus Juntas de Buen Gobierno, mientras que los no zapatistas apelan a las “autoridades constitucionales”. Sin instancias políticas imparciales, legítimas y reconocidas por todos, cada una de las partes se sentirá, con razón o no, agraviada y discriminada por las decisiones de “las autoridades de los otros”, con lo que se acumularán los motivos para hacerse “justicia” por las propias manos.

Y aun con la mejor de las voluntades de las autoridades zapatistas de las Juntas de Buen Gobierno y de los municipios constitucionales para evitar enfrentamientos entre bandos políticos opuestos, ninguna de las dos puede controlar las micro-dinámicas de conflictos locales gestadas por diferencias y ofensas que pueden llevar al aniquilamiento del enemigo político. Menciono dos ejemplos recientes de lo que tengo en mente, en el que se vieron involucradas las dos organizaciones más importantes de la región: el EZLN y la CIOAC. Antes hay que mencionar que la gran mayoría de los miembros de la CIOAC había sido parte de las bases de apoyo zapatistas desde 1993 hasta alrededor de 1997, año en que la organización campesina se separa de los rebeldes y se reintegra a la lucha política institucional –lo cual, por cierto, causó una escisión de la que surgiría la CIOAC-independiente.

Entre el 2 de septiembre al 12 de octubre de 2003, las bases de apoyo de La Realidad Trinidad mantuvieron retenido a Armín Morales Jiménez, socio de la CIOAC-histórica, como sanción por la venta de una camioneta que no era de su propiedad. El 9 de septiembre de 2003, la fracción “oficial” de la CIOAC, por su parte, secuestró durante nueve días a dos miembros de las bases de apoyo del EZLN y también a trabajadores del municipio autónomo San Pedro de Michoacán, a quienes despojaron de un vehículo propiedad de la Junta de Buen Gobierno. Al mismo tiempo, secuestraron a cinco miembros de la CIOAC “independiente”, muy cercana a los zapatistas. Entre tanto, las autoridades autónomas habían decidido, tras un acuerdo con los interesados en El Caracol de La Realidad, que Armín Morales pagara al señor Rigoberto (miembro de la CIOAC independiente) 80 mil pesos por el camión. Para los cioaqueros históricos este castigo se trataba de una cuota de guerra y una sanción por abandonar al EZLN. Los “históricos” liberaron entonces a los dos zapatistas secuestrados pero retuvieron el vehículo de la Junta de Buen Gobierno, para obligar al EZLN a intercambiarlo por el miembro de su organización. Ante la amenaza de violencia entre los dos grupos, el gobierno del estado decide mediar en el conflicto y paga un rescate de \$60, 0000.00 y entrega una camioneta a los zapatistas como lo exigía la Junta.

Por otra parte, el 24 de noviembre pasado en los linderos del ejido Lucha Campesina del municipio de Las Margaritas, fueron asesinados al menos cuatro militantes de la CIOAC histórica y lesionadas, además, un número indeterminado de personas, mujeres y niños entre ellas, por “presuntos zapatistas”. La razón fue la disputa de dos predios, La Estación y Los Pinos, que habían sido “recuperados” o “invadidos”, según el punto de vista, en 1994 en operación conjunta de la CIOAC y el EZLN

tras el levantamiento armado. Casi la totalidad de la población de este ejido formó parte de las bases de apoyo zapatista hasta el año 2000. Después de su ruptura con los rebeldes, una parte, la mayoritaria, se reintegró a la CIOAC, y la otra se alió al PRI. En todo caso, la posesión de aquellos terrenos se convirtió en la manzana de la discordia una vez que la CIOAC decide, hace un año más o menos, gestionar la regularización de los mismos a favor de sus asociados. En consecuencia, los priístas, que ya habían cercado la parte del predio que les “correspondía”, se inconformaron con la gestión de la CIOAC. Es en este contexto que sucede el ajusticiamiento. El secretario regional de la CIOAC, Miguel Ángel Vázquez Hernández, exigió entonces la intervención de las autoridades de la federación y el estado para esclarecer los hechos, fincar responsabilidades y castigar a los culpables, porque “nadie puede hacer justicia por su propia mano aun cuando estos pertenezcan a grupos rebeldes”.

En fin, sin la firma de una paz “justa y digna”, la regularización de los predios en disputa, el impulso serio y sistemático del desarrollo social y económico rural y el establecimiento de un Estado de Derecho, lamentablemente estaremos escuchando el *tic-tac* de una bomba de tiempo que detonará en Chiapas una y otra vez frente a la indiferencia e irresponsabilidad gubernamental y de la sociedad en su conjunto.